

Notas del académico Pedro Álvarez de Miranda el 5.5.2014 en el teatro La Abadía, con motivo de la sesión de «Cómicos de la Lengua», dedicada a las *Cartas marruecas* de José Cadalso.

Primera intervención

Al programar este ciclo de “Cómicos de la lengua”, las *Cartas marruecas* ha sido la obra elegida para representar al siglo XVIII español. No hay muchas obras maestras indiscutibles en dicho siglo —acaso lo sea *El sí de las niñas*, que por lo demás es ya del siguiente, pues se estrena en 1806—, pero de lo que no cabe duda es del acierto en la elección de José Cadalso como una figura bien representativa de nuestra Ilustración.

El dato fundamental que debemos destacar en el autor de las *Cartas marruecas* es su cosmopolitismo, su condición de ciudadano del mundo. Estudió en París y en Londres, viajó mucho por Europa y era un lector asiduo de libros franceses e ingleses. Es, sin duda, el más europeo de nuestros escritores del XVIII. Fue militar de profesión, y murió, bastante joven, como consecuencia de ella, tras resultar herido en el sitio de Gibraltar. Cultivó la poesía, el drama, la sátira en prosa, y escribió dos obras de difícil clasificación genérica. Una es las *Noches lúgubres*. La otra es justamente estas *Cartas marruecas* de las que vamos a oír algunos fragmentos.

Cadalso las tenía ya escritas en 1773, y albergó vaga intención de publicarlas, pero, cuando murió en 1782, las *Cartas marruecas* seguían inéditas, y aparecerían póstumamente, primero en entregas sucesivas, en un periódico que se llamaba el *Correo de Madrid o de los ciegos*, y finalmente en forma de libro en 1793, en la imprenta de Sancha. Las versiones, sin embargo, más fiables de que disponemos hoy son copias manuscritas (que al parecer circularon en cierta abundancia), y en ellas se basan las ediciones modernas.

El autor se acoge aquí a un modelo literario que estuvo muy en boga en la Europa del tiempo. El artificio consiste en enhebrar una serie de cartas que se dicen escritas por diversos corresponsales, entre los cuales hay al menos uno que, por pertenecer a una cultura exótica, tiene una visión distanciada del mundo europeo. Se establece así un interesante juego perspectivístico, pues el extranjero proyecta una mirada nueva, en cierto

modo ingenua, sobre la sociedad que nos rodea, de modo que cosas que nos parecen absolutamente naturales adquieren otro carácter al ser contempladas por ojos que las consideran tan extrañas como a nosotros nos lo parecerían las de un país culturalmente alejado del nuestro. El relativismo resultante no es sino una clara invitación a la tolerancia.

El modelo más evidente, aunque no único, está, como es obvio, en las *Cartas persas* de Montesquieu. Y, como en el caso de estas, no es fácil el encuadramiento genérico de las *Cartas marruecas*. Se ha dicho que son una especie de novela epistolar, pero hay que reconocer que el componente narrativo, en las de Cadalso, es muy débil. Por el tono y la intención cabe adscribirlas al ensayismo, un ensayismo de inspiración moral y de enfoque decididamente costumbrista. La carta es ciertamente molde conocido de la novela, del subgénero novela epistolar. Pero también lo es del ensayo.

La obra tiene un mínimo marco ficticio en que se utiliza el consabido recurso del manuscrito encontrado. En una “Introducción” y en una “Nota” final oímos la voz de — digámoslo así— un narrador que es más bien un mero intermediario, el editor o transcriptor de las cartas. Nos dice que la suerte quiso que, por fallecimiento de un conocido suyo, cayese en sus manos un conjunto de cartas escritas “por un moro llamado Gazel Ben-Aly” a un amigo y mentor suyo, anciano, llamado Ben-Beley, “sobre los usos y costumbres de los españoles antiguos y modernos”. El tercer interlocutor, además de esos dos marroquíes, es Nuño Núñez, un español con el que el moro Gazel ha trabado profunda amistad. A continuación comienza el intercambio epistolar y con él el juego dialéctico de perspectivas. A veces, como veremos, el juego se complica porque, dentro de las cartas que Gazel escribe a su compatriota el sabio Ben-Beley, se insertan largos parlamentos de Nuño. En cuanto al asunto, es —leemos— el “más delicado que hay en el mundo”: la crítica de una nación.

Gazel ha venido a España acompañando a un embajador de Marruecos, y, terminado el viaje oficial, ha podido quedarse en el país, con idea de viajar por todas sus provincias, vestido como un español para pasar inadvertido; viajar con utilidad, dice, lo que implica observar debidamente las costumbres. La península, dividida durante mucho tiempo en diferentes reinos, ha tenido siempre variedad de trajes, usos, leyes, idiomas... “Un andaluz en nada se parece a un vizcaíno”, escribe Gazel con frase de sorprendente actualidad; “un catalán es totalmente distinto de un gallego”, o un valenciano de un montañés, etcétera.

Curiosamente, las *Cartas marruecas* están inspiradas en un hecho real. En 1766, un embajador del sultán de Marruecos llamado precisamente Sidi Ahmed el Gazel, cruzó en son de paz el estrecho, desembarcó en Algeciras y emprendió viaje a Madrid para

entrevistarse con Carlos III. Iba acompañado de una comitiva muy vistosa que despertó, lógicamente, gran expectación entre las gentes de las localidades por las que pasó, lo que tuvo reflejo en la prensa de la época. Esta noticia, sin duda, inspiró a nuestro autor.

Uno de los intereses recurrentes de Cadalso en las *Cartas marruecas* es, como enseguida vamos a ver, el de la lengua española. Tiene, por lo pronto, una viva conciencia de su evolución. “En España —dice—, como en todas partes, el lenguaje se muda al mismo paso que las costumbres”. Los nuevos usos traen consigo palabras nuevas. Así, en una de las cartas que vamos a oír escucharemos la voz de una joven elegante, obsesionada por las modas, que escribe a una amiga una carta absolutamente insustancial en la que explica cómo es una jornada cualquiera de su vida. La comicidad reside no solo en la inanidad vital de esta jovencita burguesa, sino sobre todo en que su discurso está salpicado de restallantes galicismos léxicos y sintácticos que hacen del personaje una perfecta petimetra, por decirlo con otro neologismo de la época que le cuadra a la perfección y que es, por cierto, también un galicismo. La estampa que nos deja Cadalso es, como vamos a comprobar, la de ese nuevo tipo de mujer urbana y desenvuelta que tan admirablemente estudió Carmen Martín Gaité en su libro *Usos amorosos del dieciocho en España*.

Esa revolución de las costumbres, y del lenguaje, afecta sin embargo solo a una minoría de la corte, no a la vida profunda del país, a la España de lo que Unamuno llamará la intrahistoria. Así —también lo oiremos— por cada petimetre que cambia de moda a instancias de su peluquero hay cien mil españoles que no han reformado un ápice su traje antiguo. Tradición y modernidad. He ahí uno de los temas que recorren las *Cartas marruecas*.

Oigamos, pues, las voces del transcriptor y de los corresponsales de las *Cartas marruecas*. Veamos el resultado de trasponer a la oralidad un recurso eminentemente escrito como es el del intercambio epistolar.

Segunda intervención

La lengua del siglo XVIII, como habrán comprobado, no nos plantea ya apenas dificultades de comprensión. Los seguidores de este ciclo habrán percibido un salto cualitativo importante frente a la lengua del XVII. Y es que estamos ya realmente ante lo

que podemos llamar el español moderno. Por supuesto, los sonidos, el sistema fonológico, son ya los de hoy. Siguen abiertos algunos procesos de cambio gramatical, pero en ese plano las diferencias con el uso actual son pequeñas. Solo quedan, pues, diferencias en el ámbito más cambiante de la lengua, que es el léxico, el vocabulario. El mismo adjetivo *marrueco*, *marrueca*, ha cambiado, hoy el gentilicio que usamos es *marroquí*. Habrán notado ustedes el sustantivo *prieta*, que todavía alterna con *prisa* en el XVIII. Y a propósito de algunas palabras hay que saber lo que significaban en la época, si se quiere entender adecuadamente el texto. Por ejemplo, hemos oído hablar de las “muchas preocupaciones” que tienen los moros contra los cristianos, y para entender esa frase hay que saber que la palabra *preocupación* no significaba entonces lo mismo que hoy, sino que significaba ‘prejuicio’. O hay que darse cuenta de que la palabra *suceso* significaba ‘éxito’, como las muy similares voces de francés, inglés o italiano; o de que *concurso* equivalía a ‘concurrencia’. En uno de los fragmentos que oiremos a continuación aparece un neologismo de la época, la palabra *cosmopolita*, pero, como lo es, Cadalso nos la explica, nos aclara que significa ‘ciudadano universal’.

Naturalmente, cuando el autor, por boca de Gazel, dice que los españoles han echado a perder su lengua, que humillan el idioma de sus padres, está exagerando. Hay en él una nostalgia de esplendores pasados que es muy del momento, una gran admiración por los escritores del siglo XVI, al que ya entonces empieza a llamarse *el Siglo de Oro*. Los que están destrozando la lengua española, dice Cadalso, son los malos traductores.

Durante bastante tiempo se dio una imagen absolutamente desenfocada de los hombres de la Ilustración española, que los presentaba como unos afrancesados miméticos que rompían con la tradición nacional. Nada hay más falso. Cadalso, he dicho, es un espíritu cosmopolita, sí, pero también profundamente español. Acabamos de oírle decir a sus contemporáneos que vuelvan los ojos a los buenos autores de un pasado glorioso, que no los sustituyan por malas traducciones de la literatura extranjera. Aun así, se habrá notado que hace una excepción con los libros científicos. Para los libros de física y matemáticas sí que nos hacen falta las traducciones. Una vez más, Cadalso combina españolismo y europeísmo, tradición y progreso. Ni es un reaccionario ni es un seguidor frívolo de cualesquiera novedades. Aplica en todo, como también le hemos oído decir en la Introducción, el principio del justo medio.

Por lo demás, no olvidemos que la avalancha de galicismos que se ridiculiza en la hermana de Nuño es un recurso satírico, y por tanto forzado. Nunca se encuentran en los textos del XVIII adjetivos como *pitoyable* por *lamentable*, *veritable* por *verdadero*, o

ensayar una prenda de vestir por *probársela* (un *dominó* en el texto que hemos oído, es decir, un traje para ir a un baile de máscaras). En verdad, nadie decía *me sequé toda sola*, ni *viene de arribar de París*. Cadalso, por vía humorística, se está alineando con un tipo de reacción muy común, francamente misonéista y algo xenófoba, contra las novedades lingüísticas venidas de fuera. En el XVIII el caballo de batalla eran los galicismos, del mismo modo que hoy lo son los anglicismos, por cuya abundancia invasora muchos se llevan las manos a la cabeza. Vistas con perspectiva histórica, las cosas son mucho menos aparatosas y dramáticas: la lengua es sabia, y a la larga sabe quedarse con lo que verdaderamente necesita de las aportaciones foráneas, descartando lo demás, lo a la postre superfluo.

La misma actitud suavemente nostálgica hacia el pasado la encontramos en otra carta que ahora vamos a oír, sobre la proliferación excesiva del tratamiento con *don*. Las ansias de promoción social son un tema universal de la literatura. Recordemos los deseos de Sancho de casar a su hija con un señor principal, en una obra, el *Quijote*, a la que, por cierto, como habrán notado y volverán a percibir en lo que ahora viene, Cadalso hace continuas referencias. Para conocer bien España, naturalmente, Nuño le ha recomendado a Gazel que lea la novela de Cervantes. El viajero marroquí lo ha hecho, y sospecha que en esa novela hay, por debajo de la superficie jocosa, un significado profundo. ¿Es que Cadalso está anticipando la interpretación romántica del *Quijote*? Un hispanista recientemente desaparecido, el profesor Sebold, miembro correspondiente de la Academia Española, decía que Cadalso era el primer romántico europeo de España. Más bien es que en el XVIII mismo están en germen muchas de las percepciones que caracterizarán al romanticismo.

La débil ficción novelesca se retoma al final de la obra. El recurso mismo del manuscrito encontrado es también, por cierto, una reminiscencia cervantina. Volvemos a oír al transcriptor o editor de las cartas, quien asegura que había muchas más que las que ha copiado, pero con tan mala letra que resultaban ilegibles. Su contenido podía adivinarse por un índice y por algunos fragmentos, y se nos resume en un apretado final. “Tal es el mundo y tal los hombres —termina— que pocas veces podemos ver sus obras completas”. La imagen que aquí podemos trasladar de las *Cartas marruecas* de Cadalso es, forzosamente, aún más incompleta. Pero acaso los mueva a ustedes a desear leerlas o releerlas.